

Pbro. Juan Castillo Hernández *Capellán de Coro*



Foto: Comunicación Social INBG

Lic. Marcela Vallecillo Gómez
Comunicación Social de la INBG

Nació en Calnali, Hidalgo, el 21 de enero de 1965, del matrimonio formado por la Sra. Gloria Hernández Cruz y el Sr. Simón Castillo Hernández (+ octubre 2006).

Siendo un niño, su familia se trasladó al Distrito Federal y pocos años más tarde inició el Curso Introdutorio en el Seminario Conciliar de México, al que ingresó como seminarista en 1985. El cinco de mayo de 1993 fue ordenado presbítero a manos del Excmo. Sr. Obispo Mons. Luis Mena Arroyo.

De 1993 a 1995 fue enviado a Roma a estudiar la Licenciatura en Derecho Canónico en la Universidad Gregoriana. Cabe señalar que regularmente las carreras eclesíásticas después de la ordenación presbiteral, duran dos o tres años porque ya tienen la base filosófica y teológica.

Al regresar de Roma, en julio de 1995, le enviaron como formador en el Seminario Conciliar de México, servicio que ejerció hasta el pasado mes de julio del presente año. De 1996 a 2001 fue integrante del Colegio de Consultores y del Senado presbiteral, dos grupos de sacerdotes que asesoran al Arzobispo Primado de México, en el gobierno de la Arquidiócesis y en cuestiones pastorales, respectivamente. En febrero del año 2000 fue designado Vicerrector de la Casa Tlalpan del Seminario Conciliar de México, coordinando las actividades y el personal, tanto de sacerdotes como de trabajadores, cargo que ejerció hasta julio de este año.



En breve charla que amablemente aceptó, nos comparte su experiencia sacerdotal.

P.- ¿Qué fue lo que lo hizo decidir ser sacerdote?

R.- Cuando era niño vivía en un pueblo y lo que me llamaba mucho la atención era la religiosidad popular, las procesiones, el rosario. Mi familia siempre ha sido muy piadosa, muy cercanos a la Iglesia. Cuando llegué a México empecé a perder un poco esta dimensión religiosa, pero la reencontré cuando inicié la preparatoria con los hermanos lasallistas y realicé el servicio social impartiendo catequesis en la parroquia de la Colonia Barrio Norte. Mi párroco me ayudó mucho a integrarme con los grupos parroquiales y a la vida de la parroquia. Ahí fue cuando me llamó la atención ser sacerdote. Tenía entonces unos 16 años, y en la Pascua de 1984, después de varios años de trabajar ahí y de estudiar la preparatoria. Le dije al Párroco que quería ser sacerdote y entrar al seminario.

P.- Cuéntenos cómo fue su experiencia en el Colegio de Consultores y en el Senado.

R.- Fue una experiencia muy importante en el Colegio de Consultores y en el Senado. Ver cómo va caminando la Arquidiócesis; sacerdotes, laicos, religiosas, que trabajan y se esmeran por lograr que la Arquidiócesis vaya hacia adelante.

Es una iglesia viva que está siendo como una luz que ilumina a otras iglesias particulares [...] Concluyendo el Sínodo en 1992, comienza a proyectarse una Iglesia que está en misión permanente. Antes se hablaba de misiones fuera o lejos. Ahora vemos que la misión está aquí mismo en la ciudad, hay lugares donde el mensaje de Cristo no ha llegado o está muy distorsionado con tantas ideologías o supersticiones.

Después del Sínodo, las Asambleas Diocesanas han ayudado a dar continuidad al trabajo pastoral de esta Arquidiócesis; nos fortalece en el compromiso. Claro, falta mucho por caminar y que muchos nos involucremos más responsablemente en esta acción misionera, pero creo que el paso ha sido muy grande. El Señor Cardenal nos comentaba que lo que se ha reflexionado en Aparecida del Brasil en la pasada Conferencia Episcopal Latinoamericana, ha sido algo que nosotros ya estamos viviendo, que ya hemos trabajado y ya hemos caminado por muchos años.

P.- Cuéntenos de su experiencia como formador, situaciones positivas y negativas...

R.- Fue una experiencia muy bella trabajar con los jóvenes, con personas que de verdad son gente de buena voluntad, que se ha sentido llamada por Dios y que quiere crecer, ser mejor. Hay mucha calidad humana en esas personas que están en el Seminario. Algo que es muy satisfactorio es ver cuando se ordenan y llegan aquí a la basílica y reciben la imposición de las manos, y luego verlos trabajando en su parroquia.

En cuanto a lo negativo, quizá es tener que decidir que un muchacho se vaya por alguna razón o circunstancia que hace que no sea idóneo para el sacerdocio.

P.- ¿Es decir que la Iglesia sí está alerta en llevar un control, una formación recta de los seminaristas?

R.- Son ocho años donde lo primordial es acompañar, ayudar a que se desarrolle el muchacho y también a que él mismo descubra si es el candidato idóneo o su vocación está en otro lado. Cada año, al final, el equipo de formadores, alrededor de 23 escrutadores, realizaba una evaluación del candidato. Se busca que el joven que llega al ministerio del diaconado y del prebiterado, sea una persona que ha madurado su vocación, que ha madurado como persona, y que ha descubierto que la opción es por Cristo. Hay posibilidad de que alguno no tenga esa recta intención, pero es poco probable. Son más los que están trabajando bien, son buenos sacerdotes y buenos pastores.

P.- ¿Cómo recibió la noticia de que venía a la Basílica?

R.- Cuando salí del Seminario había muchas expectativas y elucubraciones en torno a dónde iba a ejercer mi ministerio. Cuando el Sr. Cardenal habló conmigo yo le manifesté mi disponibilidad para apoyarle en cualquier ministerio que considerara oportuno para mí. El día en que me citó en la Curia me dio un nombramiento como juez en el Tribunal Eclesiástico. Me habló de algunas posibilidades de apoyar en la cancillería de la Arquidiócesis de México y vivir aquí en la Basílica de Guadalupe. Y yo me he sentido muy contento. En la voz de mis pastores descubro la voz de Dios. Yo me ordené para servir y será donde Dios me pida el servicio.